



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© 2021, Beatriz Giménez de Ory  
© 2021, Alexandre Fernández, Alex F  
© De esta edición:  
2021, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.  
Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)  
Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-368-9  
Depósito legal: M-28.351-2020  
Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: abril de 2021

Directora de la colección:  
Maite Malagón  
Editora ejecutiva:  
Yolanda Caja  
Dirección de arte:  
José Crespo y Rosa Marín  
Proyecto gráfico:  
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega,  
Álvaro Recuenco y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas  
en la fabricación de este libro son reciclables  
y cumplen ampliamente con la normativa  
europea de sostenibilidad, economía circular  
y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# Un pez en la escalera

Beatriz Giménez de Ory

Ilustraciones de Alex F

loqueleq



*A mi madre y a mi hijo Daniel.*



## Pim, pam, pum

Selene quería el oso morado de peluche. 9  
Pim, pam, pum hacía la escopeta de feria.  
Pero qué poquita puntería...

—Vámonos ya —le pidió su madre—.  
Llevamos diez euros perdidos en esta ca-  
seta.

—Una vez más, mamá, te lo ruego.

Vilma resopló, pero abrió el monedero y  
le tendió un par de monedas.

Pim, pam, pum.

Nada.

—Se acabó.

—Aguarda, niña —le pidió el dueño de la  
casetta.

Selene esperó mientras el feriante se agachaba bajo el mostrador. Cuando se levantó, sujetaba una bolsa de plástico llena de agua en la que nadaba un pez colorado.

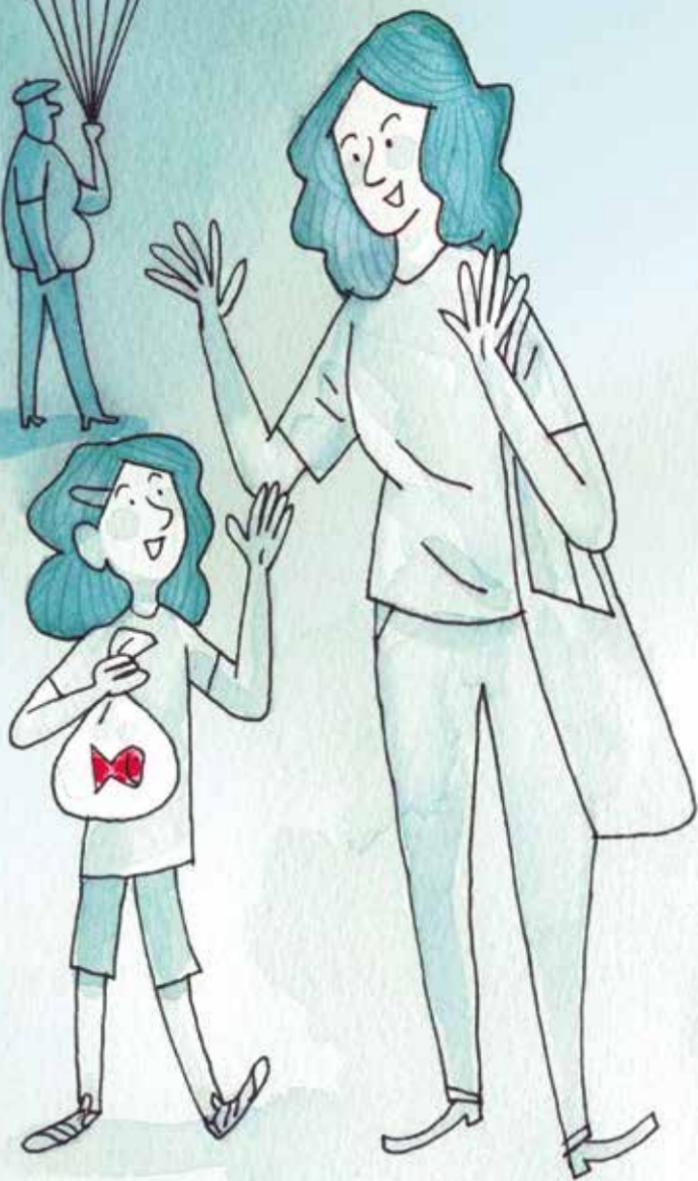
—Si lo quieres, es tuyo.

10 Selene le echó a su madre una mirada implorante. Ella volvió a resoplar, pero le dijo que sí con la cabeza.

Regresaron en el metro. El mundo subterráneo del metro es feo y oscuro: por las ventanas solo se ve la negrura de los túneles. Selene miró al pez: era como una lucecita, como una flor de fuego bailando en el agua.

—Voy a llamarte Alegría —susurró.

Antes de llegar a casa, pararon en un bazar. Compraron comida para peces y una pecera redonda, que colocaron sobre la mesilla de noche. Mamá apagó la luz, pero, una vez se acostumbró a la penumbra, la niña pudo ver el fueguito rojo yendo de aquí para allá.



La luz de la mañana despertó a Selene. Qué bueno estar de vacaciones, no tener que madrugar. Vilma sí trabajaba, de cajera en un supermercado, en la misma calle. Ya se había marchado, muy temprano. Selene abrió del todo la persiana y miró afuera. Le habría gustado encontrar un paisaje montañoso, un parque, el mar en el horizonte, pero apenas se veía un trozo de cielo. La ventana del cuarto de Selene daba a un patio de luces muy pequeño, atravesado por algunas cuerdas de tender. Todas sin ropa, salvo la del piso de enfrente, donde colgaban unas bragas, enormes, de color beis.

—Esta es nuestra casa nueva, Alegría —le explicó la niña al pececillo—. No es demasiado grande, pero al menos no tenemos que compartir piso con nadie, y está cerca del colegio.

Selene tomó el bote con la comida para peces y echó un poco en el agua. Alegría subió rápidamente a la superficie.

—Mamá y yo llevamos aquí dos semanas. ¿Te puedes creer que no hemos visto a ningún vecino?

Alegría boqueaba y siguió tragando.

13

—El otro día le pregunté a mamá si no estaríamos viviendo entre fantasmas. ¿Sabes qué me contestó?

Selene se tumbó en la cama para poder reírse a gusto:

—¡Que los fantasmas no usan bragas de la talla XXL!

## El viaje

14 Vilma llegó al mediodía cargada con bolsas del supermercado donde trabajaba.

—¿Qué hay, mi niña? ¿Hiciste las cuentas? ¿Has leído veinte páginas de la novela?

—Sí, mamá. Y he hecho este dibujo de Alegría.

—Muy lindo. Y, ahora, siéntate, que tengo un sorpresón.

Vilma esperó a que la niña se sentara en el taburete de la cocina, abrió mucho los ojos y soltó:

—¡Nos vamos a la playa! ¡Quince días nada menos!

—¿Qué? —chilló Selene.

—Con mi prima Iliana. Vive en Alicante y tiene una habitación libre en su apartamento... ¿Te imaginas? El mar, Selene, el mar...

—¿Y tu trabajo?

—Solucionado. Todo el mundo prefiere tomarse las vacaciones en agosto. Pero, ahora, en julio, solamente yo.

—¿Y Alegría?

—Mucha alegría, sí. Muchísima.

—¡Me refiero al pez, mamá! A Alegría.

—Uy, el pez. Se me había olvidado.

—Podemos llevárnoslo.

—¿Estás loca? No aguantaría el viaje.

—¡Anda! ¿Y por qué no?

—Se moriría con tanto meneo.

Vilma estaba contenta. Y, cuando estaba contenta, no había obstáculos, no existían los problemas.

—Se me ocurre que puedes dejarlo junto al contenedor de la basura. Es un pez tan

bonito que el primero que lo vea querrá llevárselo a casa.

—No, mamá. Alegría es mi mascota. Además, ¿y si no lo ven? ¿Y si piensan que es un trasto?

16 —Ya... Pues... ¡Déjalo en el portal, en la mesita que hay a la entrada! Seguro que los vecinos cuidarán de él.

—¿Los vecinos? ¿Qué vecinos?

—Esta mañana me he cruzado con uno en el portal.

—Venga ya...

—¡Que sí! Un señor mayor con pinta de buena persona. Seguro que cuidará del pez y, cuando volvamos, nos lo subimos de nuevo a casa.

Vilma se puso a sacar comida de las bolsas.

—Voy a preparar unos bocadillos para el viaje. ¡Nuestro tren sale dentro de cuatro horas!

Selene se marchó a su cuarto. Miró al pez con un punto de pena:

—Volveré pronto —le dijo.

Y se puso a redactar la siguiente carta:

*Queridos vecinos:*

*Soy Selene y tengo ocho años. Aún no nos conocemos. Vivo con mi madre en el 2.º B. Nos han invitado a la playa, y queremos ir. Yo nunca he visto el mar. Dejo a mi pez. Se llama Alegría. Hay que darle de comer tres veces: por la mañana, por la tarde y por la noche. El bote con la comida también lo dejo. Por favor, cuiden de él. Volveremos dentro de quince días.*

*Selene.*

Un par de horas más tarde Vilma y Selene salieron de casa. Colocaron cuidadosamente la pequeña pecera sobre la mesa del portal y también la nota de Selene. Aunque eran las

cinco de la tarde, no se oía ningún ruido. En la calle, el intenso sol de julio les hizo guiñar los ojos. Empezaba para ellas otra aventura, lejos del portal oscuro, de sus fantasmagóricos vecinos, del pececillo rojo... Cada vez más cerca del mar y cada vez más lejos de esta historia.

## Doña Paquita (Bajo A)

El bloque de pisos era pequeño, muy antiguo y modesto. Tenía solamente seis viviendas, repartidas de este modo: Bajo A y Bajo B, 1.º A y 1.º B, 2.º A y 2.º B. Aunque Selene pudiera pensar otra cosa, todos los pisos estaban ocupados. Menos el 1.º B. Allí no vivía nadie, pero últimamente se oían ruidos y pasos apagados y, alguna noche, los vecinos habían visto débiles resplandores de luz. En el 1.º B tal vez hubiera un fantasma. Pero, en los demás pisos, todos estaban vivitos y coleando.

Por ejemplo, en el Bajo A vivía doña Paquita, quien, cuando Vilma y Selene

dejaron al pez sobre la mesa del portal, las observaba con un ojo pegado a la mirilla. Doña Paquita tenía 85 años y había sido la pitonisa más famosa del barrio. Antes pasaba consulta en su pisito. Allí guardaba una bola de cristal donde veía el pasado y el futuro de sus clientes. Presumía de que un famoso futbolista y varios ministros habían solicitado su ayuda profesional. Desde aquella época habían transcurrido varias decenas de años, pero doña Paquita seguía luciendo su ropa de trabajo: una túnica de raso azul, un turbante gigantesco que la hacía parecer treinta centímetros más alta, los ojos sombreados de morado; y las uñas, las cejas y las mejillas furiosamente maquilladas.

Doña Paquita se moría de ganas de acercarse a la mesilla del portal y ver de cerca qué habían dejado las vecinas nuevas del

2.º B. Eran las cinco de la tarde. A esa hora, don Fermín, del Bajo B, debería estar durmiendo la siesta. Pero tal vez con el trajín que habían organizado en el portal no había podido pegar ojo. Y a lo mejor se encontraba, como ella, vigilando desde su mirilla, aguardando el momento de salir a inspeccionar. «¡Pues no va a ser él el primero, no, señor!», se dijo doña Paquita.

21

Se ajustó el turbante, tomó aire, abrió decidida la puerta y se encaminó hacia la entrada del portal.

Cuando estuvo lo bastante cerca para distinguir la pecera, el corazón le dio un vuelco.

—¡No puede ser!

Y se llevó la mano ensortijada al pecho.

—¿Habré recuperado los poderes a mi edad...?

Y es que la pobre doña Paquita había confundido la pecera, redonda y transpa-



rente, con una bola de cristal. Y al pececillo rojo con una imagen del mundo de los sueños: un fuego dentro del agua, una flor que aleteaba, una gota de sangre... Durante los breves instantes que duró su ilusión, sintió que recobraba la juventud. El corazón le latía tan deprisa que empezó a marearse. Entonces se colocó las gafas de pasta verde que llevaba siempre colgando de un cordel al cuello. Gracias a ellas, pudo ver de cerca pez y pecera.

23

—Qué boba he sido. Qué requeteboba y qué requeteestúpida y qué requetequéseyo he sido.

Allí mismo, de pie en mitad del portal, empezó a reírse a carcajada limpia. Cuando paró, se colocó el turbante, que se le había torcido hacia un lado con tanta risotada, y se acercó para contemplar aún más de cerca al pececillo.

—Mira que eres bonito. Pues habrá que cuidarte. Esta noche te daré de comer.

Y se quedó un buen rato allí, de pie, admirando los movimientos del pez, perdida en quién sabe qué recuerdos.

Desde la mirilla del Bajo B, otro ojo, muy arrugado, espiaba la escena.